

FICHA DEL LIBRO

La guerra no ha terminado. El exilio español en Francia 1944 - 1953

AUTOR
Javier Cervera Gil
 EDITORIAL
 Taurus,
 Madrid, 2007

Javier Cervera Gil, especialista reconocido en la historia de nuestra última guerra civil, presenta en esta ocasión un análisis de cómo ésta se prolongó, al menos en el sentir de aquellos que derrotados marchan al exilio, hasta el inicio de la década de los cincuenta. Centrándose en el periodo que transcurre de 1944 a 1953 pretende —como señala en la introducción— “completar una faceta poco analizada: los mecanismos de creación de opinión pública a favor y en contra del régimen imperante en Madrid fuera de España, en el periodo inmediatamente posterior a la II Guerra Mundial. Y dentro del panorama internacional, parece especialmente adecuado el estudio de la acción sobre la opinión pública en el territorio más cercano a España y con el mayor número de opositores al franquismo exiliados: Francia”. Conocer, al mismo tiempo, el grado de simpatía y afinidad con la causa antifranquista que ese exilio provocaba en el seno de la sociedad francesa.

Para alcanzar estos objetivos superpone cinco análisis en torno al mismo tema: la actitud hacia la dictadura española del estado francés; las posiciones de las principales fuerzas políticas francesas: el comunismo, el socialismo, la democracia-cristiana y, más tardíamente (desde 1947), el gaullismo, considerando que aglutinan en conjunto más del setenta y cinco por ciento del electorado francés y gestionan habitualmente la acción de gobierno; las instituciones sociales francesas; la actividad de la propaganda del régimen franquista y, por último, la actuación de los antifranquistas instalados en Francia. En la estructura del libro se observa, sin duda, el hecho de tratarse en origen de una tesis doctoral: rigurosa, detallista, pormenorizada, pero, lamentablemente, también repetitiva. La unificación de estos cinco análisis en uno habría permitido una redacción más fluida. Con independencia de esto, las aportaciones son de gran interés.

En un país destrozado por la guerra y desgarrado “por un enfrentamiento que para el pueblo había supuesto un auténtico conflicto civil”, los refugiados españoles eran muchos y, al acabar la Guerra Mundial, desaparecido el miedo a los nazis que dominaban Francia, no dejaban de aumentar aunque sólo fuera, en su gran mayoría, por razones económicas. En un momento de crisis grave para la sociedad francesa, generaron tales problemas que, lógicamente, la simpatía que su colaboración en la lucha contra Hitler despertó en torno a 1944, en 1946 había casi desaparecido.

En otro orden de cosas, Javier Cervera pone, con muy buen criterio, en tela de juicio que el régimen de Franco sufriera realmente un aislamiento en los años cuarenta. A De Gaulle le preocupaban muchas cosas bastante más que la existencia de una dictadura al sur de los Pirineos. Mientras su autoridad en Francia era frágil, los resistentes armados, en su mayoría comunistas, no le inspiraban ninguna confianza y desarmarlos no fue tarea fácil. Por otra parte, desde el principio los gobiernos franceses, al margen del liderazgo gaullista, muestran simpatía hacia el exilio, pero nunca pretensión de romper con Franco ni de enfrentarse a él para acabar con su régimen, tanto por intereses económicos, como por no separarse de británicos y norteamericanos. Siendo el gobierno británico el más reactivo a cualquier tipo de ruptura, en un clima creciente de guerra fría será decisiva la vinculación estrecha de los intereses franceses a Estados Unidos, mientras crece el miedo al Partido Comunista Francés, convertido en las elecciones en la fuerza política más votada.

De este modo se va observando un rechazo creciente por parte de las autoridades francesas, nacionales y locales, a los exiliados, en especial a los comunistas. Los otros grupos de españoles despiertan, si acaso, una simpatía sin repercusiones. La ruptura con los primeros será definitiva en 1947, cuando en el verano se desarrolla una clara campaña anticomunista internacional. Dirigentes antifranquistas como Prieto pensaban que las democracias occidentales no habían presionado más contra Franco por miedo al peligro comunista y, por lo tanto, había que demostrar a las potencias occidentales unas sólidas convicciones anticomunistas. Entonces, el PCE cerró filas en torno a la URSS y recuperó los mensajes antiimperialistas, cada vez se hizo más sectario y se puso más a la defensiva, con lo que se enajenó cualquier apoyo del gobierno y la sociedad francesa conservadora. Y, así, después de la operación bolero-paprika, la actividad del PCE en Francia se mantuvo gracias

al apoyo del aparato organizativo del PCF, que seguía siendo legal y que dio cobertura a los militantes españoles comunistas y a su actividad. La vida externa del PCE, ahora ilegal, quedó bastante reducida; su actividad descendió rápidamente, no era tan fácil actuar en la clandestinidad. La operación en realidad lo que produjo fue un cambio a una situación de tolerancia vigilada que las autoridades francesas respetarían mientras los comunistas españoles no actuaran abiertamente como tales.

Al desarrollo del proceso en esta dirección, tan negativa para el exilio, contribuyó de forma decisiva la estrecha vinculación del PCE al PCUS y el actuar de Santiago Carrillo y su grupo —los comunistas residentes en Moscú—, que llegó a dificultar, en ocasiones, su supuesto objetivo primero: derrotar a Franco y volver a España.

En definitiva, se trata de una obra llena de análisis valiosos, que caracteriza una situación de fracaso y frustración. Mientras que para España la repercusión más grave del exilio se vincula a la pérdida de capital humano que representó, en último término se trata de la historia de una minoría: sólo para el exilio la guerra no había terminado, pero, con todo lo que este hecho pudiera tener de tragedia, reflejada en el lento olvido de los exiliados por parte de la sociedad francesa y el cambio de la actuación de las asociaciones de exiliados hacia lo cultural, deportivo, la pura presencia no política, la Historia de España marchaba ya en una dirección tal que el exilio poco iba a representar, como prueba su papel marginal en la Transición.

Creo, con todo, que una cuestión no ha sido planteada, quizás por no ser relevante: ¿gozó de algún tipo de simpatía el franquismo en Francia? La pregunta no me parece del todo absurda considerando la profunda división de la sociedad francesa antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Cervera señala cómo ésta es vivida por la sociedad francesa como una guerra civil. ¿Es posible que los "simpatizantes" del franquismo guarden silencio, sintiéndose derrotados en esa guerra? ¿Qué

papel juega la propaganda gaullista en torno al mito de la resistencia para lograr este silencio?; si acaso se dio. Es baladí recordar que el propio De Gaulle sentía hacia Franco algo parecido a la simpatía. Javier Cervera ha titulado uno de los epígrafes de su libro "un general que envidia a Franco", pero no ha desarrollado el tema más allá de unas jugosas líneas: "el general español era un hombre de ideas conservadoras, con una visión particular y sui géneris de lo que debía ser un estado democrático, visión quizás algo similar

a la del propio De Gaulle. Es más, ¿no cabe pensar que Charles De Gaulle, que deseaba presidir una República y hacerlo con capacidad de mando, con verdadero poder y autoridad, envidiaba el poder del que gozaba el general Franco en España? Es decir, ¿no hubiera querido ser De Gaulle un Franco para la Francia, primero de la Cuarta y luego de la Quinta República? Quizá sí." ■

POR Francisco Javier Gómez Díez
Universidad Francisco de Vitoria